

# PUEBLA

## 25 AÑOS DESPUÉS<sup>1</sup>

Jorge Álvarez Calderón

*Hace 25 años tuvo lugar la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en la ciudad de Puebla (México). Fue una Asamblea importante que pretendía evaluar el camino recorrido por la Iglesia de América Latina desde el inicio de la renovación eclesial del Concilio Vaticano II (1962-1965). Dada esa característica, si queremos aquilatar la importancia de la reunión, es preciso recordar los grandes hitos de la renovación eclesial que tuvo lugar en la década de los 60.*

### El gran evento

El Concilio Vaticano II (1962-1965) fue una iniciativa audaz del gran Papa Juan XXIII, recientemente beatificado. Este hombre de visión amplia percibió con preocupación el gran divorcio que existía entre el mundo moderno y la Iglesia debido a dolorosos procesos de siglos anteriores. Una gran distancia se había generado entre ambos: temor de la Iglesia ante los avances de la ciencia y las ideologías, desconocimiento de la situación nueva por la que pasaban los

países subdesarrollados. Y, además, se habían creado prejuicios de ambos lados que dificultaban el diálogo. Era preciso un gran movimiento de renovación para permitir a la comunidad eclesial evangelizar al mundo moderno de la segunda mitad del siglo XX y al mundo nuevo de los países subdesarrollados con inmensos problemas de pobreza y marginación.

Juan XXIII se arriesga a convocar a todos los obispos del mundo a una Asamblea General. Ése fue el Concilio Ecuménico que, al realizarse por

<sup>1</sup> Charla magistral dictada en ocasión de la inauguración del año académico del ISET Juan XXIII el 22 de enero de 2004

***El Vaticano II fueron años de gracia y de vida. La renovación litúrgica, el contacto renovado con la Biblia, la profundización de la dimensión comunitaria de la Iglesia, su vocación como «servidora» de la humanidad, fueron temas claves que respondían a los deseos de Juan XXIII***

de la Iglesia (los 20 Concilios anteriores tuvieron una participación muchísimo menor y era predominantemente de obispos europeos). Era la primera vez que se lograba una participación tan amplia de obispos de todos los países y culturas. El tema central era renovar la Iglesia para hacerla eficazmente evangelizadora de la sociedad mundial de la segunda mitad del siglo XX.

El Papa expresó en dos frases muy gráficas sus expectativas:

1. *«Volver a las fuentes»* (es decir, regresar a la Biblia y a la Liturgia

segunda vez en el Vaticano, recibió el nombre de Concilio Vaticano II. Con las facilidades de los modernos medios de comunicación, se pudieron reunir más de 2.500 obispos de todos los continentes y países, algo inédito en la historia

como puntales para la formación de la comunidad eclesial).

2. *«Abrir las ventanas para que entre aire fresco»* (que la Iglesia saliera de una actitud timorata frente al mundo moderno, que tratara de comprender lo que ocurría en los nuevos pueblos del mundo subdesarrollado, que buscara y escuchara la acción del Espíritu del Resucitado fuera de la Iglesia).

El Concilio fue un momento de gracia. La experiencia de encuentro de los obispos, los ricos debates que ocurrieron y los textos oficiales que se produjeron, tuvieron una gran repercusión en la comunidad eclesial. Espíritu de búsqueda, acercamiento al mundo, nuevas iniciativas, debates, creatividad. La renovación litúrgica, el contacto renovado con la Biblia, la profundización de la dimensión comunitaria de la Iglesia, su vocación como «servidora» de la humanidad, fueron temas claves que respondían a los deseos de Juan XXIII. Sólo el tema de la relación con los países pobres del mundo, que el Papa Juan había pedido al Concilio, no logró pasar a los textos oficiales. Era un tema demasiado nuevo para los padres conciliares que no pudo expresarse en los textos. Se le pidió al Papa Pablo VI que profundizara el tema. Dos años después, en 1967, el Papa publicó sobre ese punto la famosa Encíclica *«Populorum Progressio»* («el desarrollo de los pueblos»), que ha sido un texto muy importante.

Pero además, al final del Concilio Pablo VI reunió a los obispos latinoamericanos y les pidió que organizaran una Asamblea General del Episcopado Latinoamericano para trazar las líneas de aplicación del Concilio. Un reto para nosotros y el inicio de nuestra renovación.

### **La Conferencia de Medellín (1968)**

Los trabajos preparatorios se hicieron a lo largo de tres años. Eran tiempos muy difíciles en nuestra región: la explosión demográfica estaba cambiando aceleradamente a nuestra sociedad, abandono masivo del campo por falta de oportunidades, invasiones de pobres en las ciudades. No estábamos preparados para recibir a esa nueva generación. ¿Cómo comprender lo que estaba ocurriendo? ¿Cómo ubicarse como Iglesia en esta nueva situación? Ésa fue la preocupación fundamental: de ahí el título del evento: «Papel de la Iglesia en la actual transformación de América Latina».

Las conclusiones más importantes fueron dos:

—La comprensión del *fenómeno de la pobreza masiva* como un hecho social injusto y contrario al plan de Dios. Se calificó la situación como una «violencia institucionalizada» debida a «estructuras de injusticia»: un «rechazo del don de Dios».

—La Iglesia debía tomar *el camino de la solidaridad* para ser evangelizado-

ra. «Una Iglesia auténticamente pobre, misionera y pascual, desligada de todo poder temporal y audazmente comprometida en la liberación de todo el hombre y de todos los hombres».

### **Los duros años 70**

La Conferencia de Medellín significó un inmenso impulso misionero hacia los sectores populares. Pero en un contexto sumamente difícil: la sociedad establecida había empezado a reaccionar violentamente contra esta «irrupción de los pobres». Las dictaduras militares tomaron el poder con la ideología de la «Seguridad Nacional». La represión contra las organizaciones populares, consideradas sin matices como marxistas y subversivas, fue terrible. Brasil, Uruguay, Argentina, Chile, Bolivia vivieron años de horror y muerte.

La Iglesia, impulsada por Medellín, fue pascual por su solidaridad misionera con los pobres. En ese contexto difícil maduró en la práctica lo mejor de nuestras comunidades. Una gran corriente de santidad profética nos vivificó dentro de la adversidad.

### **La Conferencia de Puebla (1979)**

Fue pensada para 1978, diez años después de Medellín; pero la muerte de Pablo VI y, casi inmediatamente, la de Juan Pablo I obligó a retrasarla por un año. Se la pensó como una evaluación de la Conferencia de Medellín. El tema escogido fue: «La

evangelización en el presente y futuro de América Latina».

Considero que, entre los diferentes temas que fueron tratados ahí, es importante subrayar sobre todo tres:

—*Seguir la línea de Medellín.* Afirmaciones como ésta aparecen en casi todos los capítulos de Puebla. Sobre el punto, el debate había sido fuerte en el período de su preparación: muchos sectores eclesiales temían las consecuencias que había tenido Medellín. Las consideraban como expresión de una Iglesia no madura que llevaba a peligrosos conflictos. Para los más, en cambio, Medellín era un texto de madurez que había permitido una Iglesia cercana a los pobres y, por ende, profética y evangelizadora de toda la sociedad. Esta última posición es la que logró el consenso. Permitted que la línea de compromiso de Medellín continuara como eje para la tarea evangelizadora en nuestro subcontinente.

—*La opción preferencial por los pobres.* Ésta es una precisión teológica fundamental que determina lo dicho en Medellín. La Iglesia debe optar por los pobres, no prioritariamente por motivos sociológicos sino por motivos evangélicos: es Dios quien en la Biblia opta por los pobres, es Jesús quien en los evangelios opta por los pobres para evangelizar desde ahí a todo el mundo. La Iglesia no puede seguir otro camino. El capítulo dedicado a este tema es uno de los más importantes del documento y signi-

fica un avance y precisión sobre el texto de Medellín; precisión lograda desde la práctica martirial de muchos agentes pastorales. Pero se echa de menos que, salvo una rápida frase, no hubiera mención y reflexión sobre el martirio sufrido por la Iglesia latinoamericana durante esos años duros, como expresión de santidad en la mejor línea de fidelidad a las Bienaventuranzas. Es una laguna grave en el texto.

—*La opción preferencial por los jóvenes.* Fue una prioridad pastoral que respondía a la realidad de la población de nuestros países, mayoritariamente juvenil y pobre. Esta prioridad ha permitido el surgimiento y vitalidad de las pastorales juveniles en nuestros países. Es un fruto de Puebla.

### Los grandes retos

Conmemorar los 25 años de la Conferencia de Puebla debe llevarnos a indicar algunos retos para nuestro

**Considero que, entre los diferentes temas que fueron tratados ahí, es importante subrayar sobre todo tres:**

**—Seguir la línea de Medellín**

**—La opción preferencial por los pobres.**

**—La opción preferencial por los jóvenes.**

caminar actual como Iglesia. Señalemos algunos:

–*No olvidarse de los pobres.* Es el gran reto de Medellín, es el gran reto de Puebla y de Santo Domingo. Es una exigencia de fidelidad que no podemos olvidar. América Latina está trágicamente marcada por la pobreza injusta de la mayoría de la población. La opción por los pobres es uno de los grandes logros que vienen de la vida –y martirio– de nuestra Iglesia. Responde al pedido de Juan XXIII al Concilio. Y es significativo que Juan Pablo II haya citado literalmente la fundamentación teológica de la opción por los pobres de Puebla en su Encíclica «Redemptoris Missio», n. 60. El Magisterio latinoamericano en este punto fue asumido por el Magisterio papal para enriquecer al conjunto de la Iglesia universal. Asumamos este reto con responsabilidad.

–*Los jóvenes.* Las pastorales juveniles tienen mucho por hacer y profundizar. En especial es preciso avanzar en la línea de una encarnación transformadora de la juventud en la realidad de nuestras sociedades. En ese

sentido habrá que trabajar más la relación de la opción preferencial por los jóvenes con la opción preferencial por los pobres. Ésta debe dar sentido a aquélla.

***La Iglesia debe optar por los pobres, no prioritariamente por motivos sociológicos sino por motivos evangélicos***

–*¡No perder la memoria!* La intensidad y velocidad de los cambios en que vivimos corren el riesgo de mirar sólo el presente. Ahora bien, una persona, una familia, un pueblo sin memoria no tienen identidad. Y sin identidad, se está a la merced de cualquiera.

Nuestra Iglesia tiene un caminar muy rico en vida y en lecciones que deben ser alimento de las nuevas generaciones. ¡Es un legado que nos permite calidad de vida y de testimonio! En ese sentido, las grandes líneas de Medellín y de Puebla no deben ser olvidadas. Son parte de nuestra identidad eclesial; son plenamente vigentes en el día de hoy. ¡Son una exigencia de fidelidad!